



# EL LIBRO DE MIS VIDAS

ALEKSANDAR HEMON

DUOMO NEFELIBATA



# EL LIBRO DE MIS VIDAS

ALEKSANDAR HEMON

Traducción de Antonio-Prometeo Moya

Título original: *The Book of my Lives*

© 2013 por Aleksandar Hemon  
© de la traducción, 2013 por Antonio-Prometeo Moya Valle  
© de esta edición, 2013 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.,  
Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: octubre de 2013

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore  
Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012

[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-15945-20-8

CÓDIGO IBIC: BM

Diseño de interiores: Agustí Estruga

Composición ePub: Grafime. Mallorca, 1, Barcelona 08014  
(España)

[www.grafime.com](http://www.grafime.com)

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico -incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet- y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

PARA ISABEL,  
que siempre respirara en mi pecho

# VIDAS DE OTROS

## 1. ¿QUIÉN ES ÉSA?

Aquella tarde del 27 de marzo de 1969, mi padre estaba en Leningrado, tratando de doctorarse en ingeniería eléctrica. Mi madre estaba en nuestra casa, en Sarajevo, en pleno parto, asistida por un grupo de amigas. Tenía las manos apoyadas en la redonda barriga, resoplaba y gritaba, pero el grupo no parecía muy preocupado. Yo daba vueltas a su alrededor, con cuatro años y medio, esforzándome por cogerle la mano o por sentarme en su regazo, hasta que me enviaron a la cama y me ordenaron que me durmiera. No hice caso de la orden para seguir espiando los acontecimientos a través de la (más o menos freudiana) cerradura. Estaba aterrorizado, naturalmente, pues aunque sabía que mi madre tenía un niño en el vientre, no sabía exactamente qué le iba a ocurrir, ni a ella, ni a nosotros, ni a mí. Cuando por fin la llevaron al hospital, sin poder contener los gritos de dolor, a mí me dejaron sumido en terroríficos pensamientos, que Teta<sup>[1]</sup> Jozefina procuró neutralizar asegurándose que mi madre no iba a morir, que volvería con un hermano o una hermana. Yo quería que mi madre volviese; no quería ningún hermano ni hermana; quería que todo siguiera siendo igual, como había sido antes. El mundo había sido armoniosamente mío; en realidad, el mundo había sido básicamente yo.

Pero nada volvió a ser, ni volvería a ser, como había sido. Un par de días después, dos adultos (cuyos nombres y rostros se han perdido en el fondo arenoso de una mente anciana y de los que sólo recuerdo que ninguno de los dos era mi padre, que seguía en la Unión Soviética) me acompañaron al hospital a buscar a mi madre. Recuerdo una cosa: al verme no se puso ni la mitad de contenta que yo de verla a ella. Al volver a casa compartí el asiento trasero con ella y con un bulto de materia que aseguraban que estaba vivo: al parecer era mi hermana. El rostro de la supuesta hermana estaba seriamente arrugado y solo contenía una fea e indefinible mueca. Además, su rostro era oscuro, como si tuviera una capa de hollín. Cuando le pasé el dedo por la mejilla, apareció una raya pálida por debajo del hollín.

-Está sucia -anuncié a los adultos, pero ninguno de ellos admitió el problema.

Desde entonces me costaría mucho conseguir que escucharan mis ideas y atendieran a mis necesidades. También me costaría conseguir chocolate.

De este modo la aparición de mi tiznada y presunta hermana señaló el principio de un atormentado y solitario periodo de mi desarrollo infantil. En casa se presentaron mareas (con chokolatinas que yo no podía tocar) para inclinarse sobre ella y hacer ruidos ridículos. Muy pocos se preocupaban por mí, mientras que la atención que le prestaban a ella era total y exasperantemente inmerecida: no hacía más que dormir y llorar, y obligar a frecuentes cambios de pañales. Yo, en cambio, ya sabía leer palabras breves, por no decir que hablaba con fluidez y conocía multitud de cosas sin interés: sabía identificar banderas de varios países; distinguía fácilmente entre animales salvajes y animales domésticos; y por toda la casa había fotos mías muy monas. Tenía conocimientos, tenía ideas, sabía quién era. Yo era yo, una persona, y era querido por todos.

Durante un tiempo, por muy dolorosa que su existencia fuera para mí, mi hermana sólo fue un objeto nuevo, algo

que había que rodear para llegar a mamá, como un mueble recién adquirido o una planta marchita en una maceta grande. Pero luego me di cuenta de que iba a quedarse y a ser un obstáculo permanente, que el amor de mi madre por mí ya no volvería a alcanzar las cotas presororales. La hermana recién llegada no sólo afectó a lo que había sido mi mundo, sino que se impuso impasiblemente, a pesar de no tener entidad en absoluto, en su mismo centro. En nuestra casa, en mi vida, en la vida de mi madre, todos los días, todo el tiempo, siempre, ella estaba allí: la tiznada que no era yo, la otra.

En consecuencia traté de exterminarla en cuanto se presentó una oportunidad. Un día de primavera, mamá salió de la cocina para atender al teléfono y la dejó sola conmigo. Mi padre seguía en Rusia y probablemente la llamada era suya. Mamá quedó fuera de mi vista un rato, mientras yo vigilaba a la pequeña criatura, su rostro inescrutable, su total ausencia de pensamiento y personalidad, su manifiesta insulsez, su no ganada presencia. Así que quise estrangularla, apretándole la tráquea con los pulgares, como había visto en televisión. Era blanda y cálida, viva, y tenía su existencia en mis manos. Sentí su diminuto cuello entre mis dedos, le estaba haciendo daño, se retorció para seguir viviendo. De repente me di cuenta de que no debería hacer lo que estaba haciendo. No debía matarla porque era mi hermanita, porque la quería. Pero el cuerpo siempre va por delante del pensamiento y mantuve la presión unos momentos más, hasta que se puso a vomitar cuajarones de leche materna. Me aterrorizó la posibilidad de perderla: se llamaba Kristina; yo era su hermano mayor; quería que viviera para poder quererla más. Y aunque sabía cómo poner fin a su vida, no sabía cómo impedir su muerte.

Mi madre oyó sus gritos desesperados, soltó el teléfono y corrió en su ayuda. Cogió a mi hermana en brazos, la calmó, le limpió los cuajarones, la hizo inhalar y exhalar y luego me pidió explicaciones. Mi recién descubierto amor por mi hermana y el intrínseco sentimiento de culpa no habían

desplazado por completo mi instinto de supervivencia: declararé con todo descaro que se había puesto a gritar y que yo me había limitado a ponerle la mano en la boca para que no molestara a mi madre. Durante toda mi infancia fui siempre más listo de lo que mis padres creían; un poco mayor de lo que esperaban ver. En aquel momento afirmé sin la menor vergüenza que mis buenas intenciones se habían aliado con la ignorancia del niño, en vista de lo cual se me hizo una advertencia y se me concedió el perdón. Sin duda me vigilaron durante un tiempo, pero desde entonces no he vuelto a querer matar a Kristina y la he amado sin interrupción.

El recuerdo de aquel intento de sororicidio es la primera experiencia que me permite observarme desde fuera: en ella me veo a mí y a mi hermana. Nunca más estaría solo en el mundo, nunca más tendría a éste exclusivamente para mí. Mi individualidad no volvería a ser nunca más un territorio soberano sin presencia de otros. Nunca volvería a tener todo el chocolate para mí solo.

## 2. ¿QUIÉNES SOMOS?

Mientras crecía en Sarajevo, a principios de los años setenta, la idea social dominante entre los niños era *raja*<sup>[2]</sup>. Si alguien tenía amigos, fueran quienes fuesen, tenía una *raja*, pero normalmente la *raja* se definía según la parte de la ciudad o según el barrio en que uno vivía, ya que pasábamos la mayor parte del tiempo libre jugando en las calles. Cada *raja* tenía una jerarquía generacional. La *velika raja* eran los chicos mayores cuyas responsabilidades consistían en proteger a la *mala raja* (los más pequeños) de los abusos y robos de otras *raja*. Entre los derechos de los chicos mayores figuraba la obediencia incondicional de la *mala raja*, a cuyos miembros, en consecuencia, mandaban a comprar



tabaco, revistas de señoras desnudas, cerveza y condones; los mayores también podían disponer de la cabeza de los pequeños para practicar el despiadado juego de los capones y capirotaños (mi cabeza recibió a menudo auténticas palizas con aquellos temibles dedos que parecían baquetas). Muchas *raja* se definían y bautizaban según fuera su jefe, que a menudo era el chico más fuerte y duro. Temíamos, por ejemplo, a la *rajade* Ćiza, que era un conocido *jajlijaš*, un matón callejero. Ćiza tenía edad suficiente para dedicarse de manera provechosa a una variedad de delitos menores, así que nunca lo veíamos. Adquirió una categoría mitológica mientras su hermano pequeño Zeko dirigía las operaciones cotidianas de no hacer nada en especial. A él era al que más temíamos.

Mi *raja* era más pequeña y débil, ya que no teníamos jefe y todos los compañeros mayores se tomaban, ay, la escuela en serio. Nuestro territorio consistía en dos edificios simétricos, socialistamente idénticos, en los que vivíamos; lo llamábamos Parque. En la geopolítica de nuestro barrio (conocido entonces como *Stara stanica*, o sea, Vieja Estación del tren), a nosotros se nos conocía por el nombre de *Parkaši*. El Parque no solo contenía una zona de juegos, con tobogán, tres columpios, foso de arena y ti vivo, sino que también tenía bancos que servían de porterías cuando jugábamos al fútbol. También había, y esto era más importante, unos arbustos donde teníamos la *loga*, nuestra base, el lugar donde podíamos escapar de la *raja* de maleantes de Ćiza y donde guardábamos cosas robadas a nuestros padres o escamoteadas a otros chicos más débiles. El Parque era por lo tanto nuestro dominio legítimo, nuestro territorio soberano, al que ningún extraño, y mucho menos un miembro de otra *raja*, podía acceder. Cualquier sujeto extraño era objeto de un registro preventivo o de una agresión de castigo. Una vez libramos con gran éxito una campaña contra un puñado de adolescentes que erróneamente creyeron que nuestro parque era un buen sitio para fumar, beber y meterse mano. Les tiramos piedras y arena mojada

envuelta en papel, cargamos colectivamente contra los aislados, rompiendo largas varas contra sus piernas mientras ellos agitaban indefensos sus cortos brazos. De vez en cuando, otra *raja* intentaba invadir y apoderarse del Parque y teníamos que declararle la guerra: cabezas rotas, cuerpos llenos de cardenales, todos y cada uno de nosotros corriendo el riesgo de recibir una herida grave. Sólo cuando Zeko y sus matachines, nuestros enemigos más poderosos, llegaron al Parque, tuvimos que retroceder y verlos columpiarse en nuestros columpios, deslizarse en nuestro tobogán, mear en nuestro foso de arena y cagar entre nuestros arbustos. Lo único que podíamos hacer era imaginar una venganza cruel, aplazada hasta un futuro ineludible pero indeterminado.

Ahora tengo la sensación de que cuando no estaba en la escuela o leyendo un libro, estaba involucrado en algún plan colectivo de mi *raja*. Además de proteger la soberanía del Parque y de librar guerras diversas, pasábamos el tiempo en casa de los demás, intercambiando tebeos y cromos de fútbol, colándonos juntos en el cine más cercano (el Kino Arena), buscando indicios de actividad sexual en los armarios de nuestros padres, y asistiendo a las fiestas de cumpleaños de unos y otros. Mi lealtad era en primer lugar para mi *raja* y cualquier otra filiación a un colectivo era totalmente abstracta y absurda. Sí, todos éramos yugoslavos y Pioneros, y todos amábamos a Tito, el socialismo y nuestro país, pero nunca habría ido a la guerra ni me habría sacrificado por ellos. Nuestras restantes identidades, por ejemplo, la nacionalidad de cada uno de nosotros, era algo irrelevante. Hasta donde éramos conscientes de la nacionalidad o la etnia, estas estaban relacionadas con las anticuadas costumbres que practicaban nuestros mayores, pero no tenían relación alguna con nuestras operaciones cotidianas, y mucho menos con nuestra lucha contra la opresión que sufríamos a manos de Zeko y sus secuaces.

Un día fui con casi todos los de mi *raja* a la fiesta que celebró Almir por su cumpleaños. Almir era algo mayor que

yo y por lo tanto una autoridad en muchos asuntos de los que yo no sabía nada, entre ellos las propiedades explosivas del amianto, al que llamábamos «lana de cristal» y al que algunos teníamos un acceso ilimitado. En una ocasión me había agachado repetidamente mientras él lanzaba, como si fuera una granada de mano, un puñado de «lana de cristal» envuelta en papel, prometiendo una explosión que nunca se producía. Almir también era suficientemente mayor para entender de música rock, así que en su fiesta actuó Bijelo Dugme, el grupo de rock de Sarajevo que ponía la carne de gallina a nuestros padres, con aquellos pelos y aquella música antisocial, antisocialista y propia de asnos. Aparte de eso, el cumpleaños de Almir fue como de costumbre: comimos emparedados, bebimos zumo, lo vimos apagar soplando las velas del pastel y le dimos nuestros regalos.

Para celebrar el cumpleaños, Almir se había vestido con esmero, lo que en esas ocasiones significaba un jersey de lana con rayas negras y anaranjadas, algo esponjoso y relativamente resplandeciente (la ropa de nuestra Yugoslavia socialista era decididamente sosa). Estaba claro que el jersey no era de allí, de modo que le pregunté de dónde procedía. Me respondió que de Turquía y yo le dije en son de broma:

-¡O sea que eres turco!

Se suponía que era un chiste gracioso, pero nadie se rio; peor aún, nadie pensó que fuera un chiste. Mi idea era que un jersey extranjero de alguna manera te convertía en extranjero, una burla únicamente posible porque saltaba a la vista que aquello no era verdad. El fallido chiste cambió completamente el humor de la fiesta: ante mi asombro, Almir se echó a llorar de manera inconsolable mientras todo el mundo me miraba con cara de reproche. Les supliqué que me explicaran qué era lo que había dicho y, como no lo hicieron, o no pudieron, traté de explicar cómo tenía que haber funcionado el chiste, haciendo mi fosa aún más profunda. Permitidme que no recorra todos los pasos de aquel

descenso al desastre; al poco rato la fiesta había terminado, todo el mundo se fue a casa y todos sabían que yo era el que la había fastidiado. O al menos así es como yo lo recuerdo con gran sensación de culpa.

Más tarde, mis padres me explicaron que «turco» era (y sigue siendo) una palabra despectiva, un insulto racista para cualquier musulmán bosnio. (Años después recordaría aquel insulto inadvertido una vez más, mientras veía a Rasko Mladić hablando ante una cámara serbia al entrar en Srebrenica, donde había ido para supervisar el asesinato de ocho mil musulmanes bosnios: «Ésta es la última victoria en la guerra de quinientos años contra los turcos», dijo). Después de la fiesta de cumpleaños de Almir, aprendí que una palabra como *turco* podía herir la sensibilidad de la gente. Además, parecía que todo el mundo lo sabía antes de que yo me enterase. Lo que dije *diferencié* a Almir, le hizo sentirse excluido del grupo, del que supongo que yo indiscutiblemente formaba parte, fuera el grupo que fuese. Aunque mi chiste tenía que ver con la poca importancia que daba a la diferencia: como pertenecíamos a la misma *raja*, pues habíamos librado varias guerras juntos, el jersey estableció una diferencia momentánea, evanescente. Podía burlarme de Almir precisamente porque no había diferencias duraderas ni esenciales entre nosotros. Pero desde el momento en que señalamos una diferencia, entramos, independientemente de nuestra edad, en un sistema de diferencias ya existente, en una red de identidades, todas ellas arbitrarias y sin relación alguna con nuestras intenciones y ninguna objeto de nuestra elección. En el momento en que diferenciamos a otro, nos diferenciamos a nosotros mismos. Cuando yo tontamente señalé la inexistente diferencia de Almir, me expulsé solo de mi *raja*.

Una parte del crecimiento consiste, por desgracia, en aprender a ser leales a abstracciones: el Estado, la nación, la idea. Prometemos fidelidad, amamos al jefe. Tenemos que aprender a reconocer y a preocuparnos por las diferencias, tenemos que aleccionarnos sobre quiénes somos real-

mente; tenemos que aprender que generaciones ya desaparecidas y sus incomprensibles victorias nos hicieron de la forma que somos; tenemos que definir nuestra lealtad a un rebaño cohesionado por abstracciones que trasciende nuestra individualidad. De ahí que la *raja* sea difícil de sostener como unidad social, nuestra lealtad a ella -a un «nosotros» tan concreto que (aún) podría recitar la lista de nombres que lo constituían- deja de ser aceptable como compromiso serio.

Sinceramente, no puedo asegurar que mi insulto estuviera directamente relacionado con el hecho de que nuestros gloriosos días de guerra por la independencia del Parque terminaran poco después. En determinado momento, todos los conflictos con las otras *raja* se resolvieron jugando al fútbol, deporte en el que no acabábamos de ser muy buenos. Seguíamos sin poder ganar a Zeko y su equipo, porque ellos tenían la capacidad de decidir qué era una falta y qué era un gol. No nos atrevíamos a tocarlos, e incluso cuando marcábamos, negaban que fuese gol.

En cuanto a Almir, no jugaba bien al fútbol y de manera creciente se integró en *Bijelo dugme*, una banda que yo siempre detestaría. Pronto llegó a un punto en la vida en que las chicas le fueron accesibles. Empezó a llevar una vida diferente de nuestras vidas infantiles, convirtiéndose en alguien diferente mucho antes que nosotros. Ahora no sé dónde está ni qué fue de él. Ya no pertenecemos al «nosotros».

### 3. NOSOTROS FRENTE A ELLOS

En diciembre de 1993 mi hermana y mis padres llegaron como refugiados a Hamilton, ciudad de la provincia canadiense de Ontario. Los dos primeros meses mis padres asistieron a cursos de inglés, mientras Kristina trabajaba en Ta-

co Bell, un proveedor de comida rápida «étnica», al que ella prefería llamar Taco Hell. Las cosas les resultaron muy complicadas, tanto por el idioma, que mis padres no sabían hablar, como por el trauma del desplazamiento y por el frío clima que era extremadamente hostil para las cálidas interacciones humanas. Para mis padres, encontrar un trabajo fue una operación temible y de grandes proporciones, pero Hamilton es una ciudad siderúrgica, atestada de inmigrantes hambrientos de empleo y donde muchos naturales son canadienses de primera generación y por lo tanto cordiales y comprensivos con sus nuevos compatriotas. Mis padres no tardaron en encontrar trabajo, papá en una acería, mamá de portera de un gran edificio de apartamentos en el que muchos inquilinos eran extranjeros.

Al cabo de unos meses mis padres comenzaron a catalogar las diferencias que veían entre nosotros y ellos: nosotros éramos los bosnios o los exyugoslavos y ellos únicamente canadienses. Aquella lista de diferencias, en teoría interminable, comprendía cosas como nuestra nata agria (nuestra nata agria -*mileram*- era más cremosa y más sabrosa que la suya); sonrisas (ellos sonreían pero sin intención); niños (ellos no abrigan a sus niños cuando hacía mucho frío); pelo mojado (ellos salían a la calle con el pelo mojado, exponiéndose temerariamente a sufrir una inflamación mortal del cerebro); ropa (sus ropas se hacían pedazos después de lavarlas unas cuantas veces), etcétera. Mis padres, por supuesto, no eran los únicos obsesionados por las diferencias. Además, su vida social, durante los primeros meses, consistía principalmente en reunirse con gente de la madre patria para intercambiar y discutir las desemejanzas percibidas. Una vez oí decir a un amigo de la familia, con un tono que en justicia podríamos llamar de estupefacción, mientras perfilaba un sustrato de diferencias procedentes de sus observaciones, que a nosotros nos gustaba hervir la comida lentamente y durante mucho rato (los *sarma*, rollos de repollo, eran un ejemplo perfecto), mientras que ellos se limitaban a freírla en aceite muy caliente para cocinarla en un

momento. Nuestra inclinación a hervir despacio era un reflejo de nuestro amor a la comida y, por extensión y obviamente, de nuestro amor a la vida. Por otra parte, ellos no sabían vivir realmente, lo que señalaba la diferencia definitiva y trascendental: nosotros teníamos alma y ellos carecían de carácter. El hecho de que (aun en el caso de que el análisis de la preparación de la comida tuviera algún sentido) a ellos no les gustara cometer atrocidades y nosotros estuviéramos en medio de una guerra brutal y sangrienta, que en ninguna circunstancia podía interpretarse como amor a la vida, no preocupaba en absoluto a aquel buen analista.

Con el tiempo, mis padres dejaron de escrutarse compulsivamente las diferencias, quizá porque sencillamente se quedaron sin ejemplos. Sin embargo, a mí me gustaba creer que era porque se habían integrado socialmente, ya que la familia se fue expandiendo con el paso de los años, con más inmigración y los consiguientes matrimonios con descendencia, así que acabó comprendiendo un significativo número de canadienses autóctonos, además de los nacionalizados. Se ha vuelto más difícil hablar sobre *nosotros* y *ellos* cuando nos hemos conocido y nos hemos casado con algunos: la claridad y la importancia de las diferencias dependían siempre de la ausencia de contacto y era directamente proporcional a la distancia. Podíamos teorizar sobre los canadienses siempre y cuando no tuviéramos trato con ellos, porque entonces el medio de comparación era el canadiense abstracto, el canadiense ideal, que era nuestro negativo, una proyección de lo que no éramos nosotros. Ellos eran no-nosotros, nosotros éramos no-ellos.

La principal razón para esta espontánea diferenciación teórica radicaba en el deseo de mis padres de sentirse en un medio propio, donde podían ser quienes eran porque todos los demás estaban también en un medio propio. En una situación en la que mis padres se sentían desplazados e inferiores a los canadienses, que se encontraban en su propia patria, la comparación constante era una forma de igualarnos retóricamente con ellos. Podíamos ser iguales